Invasión de Sennaquerib

El dominio asirio era sólo militar. Su obra de conquista tenía que ser rehecha sin cesar. No seguía la marcha de los ejércitos una especie de conquista administrativa y civil, como sucedió en la dominación romana. Sargón, que a principios de su reinado pareció tan terrible a Siria, no hizo hablar mucho de él en este país a lo largo de los quince años siguientes.

Las nubes que enturbiaron el fin de su reinado parecieron alentar la rebelión. Ezequías dejó de pagar el tributo, rompiendo los lazos de vasallaje que le ataban a Ninive. Al mismo tiempo entablaba negociaciones con Egipto y sobre todo con Etiopía, que estaba entonces en el apogeo de su poderío y tenía relaciones seguidas con Siria.

Por lo visto en todo esto siguió el rey a los consejos de Sebna, que conservaba su influencia en la corte. Isaías continuaba declamando e intrigiendo contra él. Etiopía envió mensajeros a Judea y el profeta prohibió que se les escuchara. «Mientras quiera Jehová serán fuertes los asirios. Cuando Jehová lo mande perecerán: sus cadáveres llenarán Judea y servirán de alimento a las aves.»

Al ser asesinado Sargón en su palacio de Khorsabad en 704, se acentuó más en las provincias el movimiento de revuelta contra el poder niniuita. Sennaquerib, hijo y sucesor de Sargón, tuvo casi que reconquistar cuanto su padre había conseguido por la fuerza. Eluleo, rey de Sidón, negó el tributo y el rey de Askalón imitó su ejemplo. Los habitantes de Ekrón, descontentos de Padí que Sargón les había concedido por rey, se apoderaron de él y se lo enviaron a Ezequías, hecho que equivalía a regalarle su ciudad. Ezequías aceptó, pero en lugar de matar a Padí, como deseaban los ekronitas, se conformó con tenerlo encarcelado. Más prudentes que Eluleo y Ezequías, los príncipes de Arvad, Gebal y Ardod, y los reyes de Moab y Amón se mantuvieron neutrales hasta que la suerte se decidiera por unos o por otros.

En Jerusalén, el partido militar patriota se esforzaba para no desperdiciar la ocasión que le parecía óptima de acabar con el eterno peligro de la libertad de Oriente. Al parecer, este partido militar era casi indiferente en religión. Frente a él estaba el bando de la teocracia democrática y del puritanismo religioso, enemigo del Estado laico, de las precauciones militares, y que sólo quería reformas religiosas y sociales.

Afirmaban que antes de un año sería aniquilada la ciudad y pasaría a ser guarida de animales hasta que se extendiera el espíritu de lo alto y se transformase todo. Entonces es cuando florecería el desierto y reinaría la paz universal en el seno de una ilimitada prosperidad.

Todas las mujeres eran más del partido político que del de los profetas. Isaías las tenía en general como enemigas de la reforma y era muy severo con ellas. En uno de sus más violentos escritos, atacaba a las descuidadas que ocupándose sólo en su tocador, no querían creer en las desgracias futuras. Probablemente se refería a las damas de la familia real, pues las mujeres que rodeaban a Ezequías eran muy poco favorables a las doctrinas austeras de los reformistas.

El partido de los profetas ha vencido en la Historia. Estaban por la sumisión a Asiria, y como no era posible vencer a una potencia tan fuerte, no se les puede censurar. Si el crédito de Isaías no hubiera superado al de Sebna, es probable que Jerusalén hubiera tenido en tiempo de Ezequías la misma fortuna que Samaria en el de Hoseas.

La inteligencia enérgica y popular de Isaías puso todo su empeño en hablar contra la diplomacia y los preparativos militares, y sobre todo contra la alianza egipcia.

Después de tres años, vencedor Sennaquerib de sus enemigos en la región del Tigris y el Éufrates, se volvió hacia Siria y Egipto. Tomó el valle del Orontes y la costa, acabó con todos los pequeños reinos fenicios, menos Tiro, y no paró hasta llegar delante de Ekrón. Allí tropezó con el primer ejército egipcio, al que destruyó. Tomó luego la ciudad y dirigió todas sus fuerzas contra Lakis, al Sur del país de los filisteos.

¿Cómo Ezequías, que se había aliado contra Asiria, no se unió a Egipto y a las ciudades filisteas para oponerse a Sennaquerib en Ekrón? Debió estar motivado por la indecisión, que la turbulencia de los profetas hacía reinar en los consejos del rey en Jerusalén. Isaías no era bastante fuerte para impedir a los patriotas israelitas que tendieran hacia Egipto y Etiopía, pero su constante declamar contra las precauciones humanas y contra todo lo que indicaba política de previsión, detenía lo que pudiera hacer Ezequías. El buen sentido natural del rey y su religiosidad se neutralizaban.

Destruyó Judea horriblemente el ejército asirio. Inmensa fue la emoción en Jerusalén, donde no se había hecho ningún preparativo de resistencia. El muro de la ciudadela estaba lleno de brechas: no se habían tomado medidas para dejar sin agua al enemigo. Para los profetas estas precauciones hubieran sido una ofensa a Jehová. A quienes les hablaban de caballos y carros de guerra, les respondían diciendo: «Unos ponen su esperanza en los carros, otros en los caballos, nosotros la ponemos en el nombre de Jehová.»

Al ser el terror muy grande, circulaban oráculos cortos, que comunica-

ban que Jehová había decidido destruir el ejército de Asiria en la misma Palestina.

Las proclamas de Isaías en estos momentos solemnes eran constantes, y en ellas, aunque parezca increíble, no se mostraba afectado por una serie de cosas de las que era en parte el causante. Sólo amonestaba a los de Jerusalén por no suplicar y llorar bastante.

Ezequías decidió lo único que le permitían sus vacilaciones anteriores. Envío un mensajero al campamento de Lakis anunciando su sumisión al rey de Asiria, que le impuso una contribución de trescientos talentos de plata y treinta de oro. Hubo que entregar todo el dinero que había en el templo y en los tesoros de palacio, y aún no fue suficiente. Para completar el tributo fue necesario sacar el revestimiento de las puertas del templo y las ricas jambas que el mismo Ezequías había mandado chapear. A Padí se le devolvió su soberanía en Ekrón, y para indemnizarle de su encarcelamiento, se le regalaron algunas ciudades de Judea. Los reyes de Asdod y Gaza fueron también recompensados de su fidelidad a Asiria, a expensas de Ezequías.

Si la expedición hubiera acabado de este modo, mediano habría sido el triunfo del jehovahísmo. Pero la conciencia nacional quería algo más brillante. Bien porque la leyenda haya utilizado a su gusto las combinaciones historiográficas artificiales que acostumbra a usar, bien porque efectivamente la campaña de Sennaquerib acabara mal para Asiria, la verdad es que el partido profético narró la cosa como una victoria completa de Israel. Al parecer, creyó Sennaquerib en una traición de Ezequías, y volvió su ofensiva contra Jerusalén. Se formaba en Pelusa un ejército egipcio y Turhaqa acudió desde Etiopía para socorrer a los coaligados.

Se dice que Sennaquerib envió entonces desde Lakis a los tres funcionarios principales de su gobierno, el tartán, el jefe de los eunucos y el gran copero, con fuerzas considerables para conseguir la sumisión completa de Jerusalén. El ejército asirio acampó cerca del conducto de la piscina superior en la llanura al noroeste de Jerusalén. Los tres jefes asirios manifestaron deseo de parlamentar y el rey nombró para entenderse con ellos a Eliaquim, Sebna e Ioah. El copero mayor dijo a los judíos lo presuntuosa que era la conducta de Ezequías y lo vana la alianza con Egipto. Los parlamentarios acabaron burlándose, y diciéndoles que los judíos cifraban sus esperanzas en los carros y jinetes de Egipto, y que los asirios les darían dos mil caballos si encontraban jinetes para montarlos.

Según la tradición, el pueblo estaba en la muralla y lo oía todo. A los tres funcionarios judíos les asustó el efecto que tales manifestaciones podía producir en las masas. Pidieron al copero mayor que hablara en lengua aramea, que entendían ellos, y no en hebreo, pero el copero mayor continuó dirigiéndose a la muchedumbre. No ocultó a los de Jerusalén que el plan de su amo, después de volver triunfador de Egipto, era deportarlos para sustraerlos a la vecindad de un aliado natural. Les prometió que el país que se les diera sería tan fértil como Judea y les dijo que Jehová no les salvaría, pues estaba a favor de los asirios.

El comportamiento de Isaías en estas circunstancias difíciles, parece haber sido de lo más correcto. Aseguraba el profeta que Jehová sabría

vengar su honor, que los asirios podrían impedir una vez más la recolección, pero que al año siguiente se haría la siembra y que en ningún caso sitiaria el enemigo a Jerusalén.

Efectivamente no marchaban muy bien los asuntos de Sennaquerib. El etíope Tarhaqa, recién conquistado Egipto, se preparaba a atacarle. Pronto se supo que el ejército asirio dejaba a Judea y al país filisteo para ir al encuentro del etíope.

La alegría fue grandísima a las pocas semanas, cuando se supo que ya no existía el ejército asirio, destruido en el Bajo Egipto, más por las enfermedades, al parecer, que por la espada del enemigo. Sennaquerib volvió fugitivo a Nínive.

¡Gran triunfo para Jehová! Se cumplían perfectamente las profecías de Isaías. Ezequías había triunfado por confiar en Jehová. En seguida se formó la leyenda. Se recordaron los oráculos de Isaías, que anunciaron el exterminio del ejército de Sennaquerib sin intervención humana. En la antigüedad siempre se atribuyó la peste a Dios o a un ángel exterminador.

El reinado de Sennaquerib siguió bastante brillante y próspero. Dicen que más adelante fue asesinado Sennaquerib por Adramelik y Jareser, oficiales suyos, mientras oraba en un templo, y esta tragedia se creyó obra de la venganza divina. Los analistas judíos anticiparon su fecha para acercarla al pretendido exterminio y hacer más completa la venganza de Jehová. Los enemigos de la teocracia no tienen derecho a morir sin que su muerte sea un castigo del cielo.